

BALADA DE PERROS MUERTOS



BALADA DE PERROS MUERTOS

GREGORIO LEÓN



El 14 de octubre de 2008, el jurado presidido por la diputada Carlota Navarro y compuesto por Angel Basanta, Gregorio Morales, Fernando de Villena, Antonio Garrido y José Luis Torres concedió a la novela *Balada de Perros Muertos*, presentada con el seudónimo de Walter Arias, el Premio Alfons el Magnànim de Narrativa en Castellano 2008.

Una vez abierta la plica se identificó que el seudónimo antes mencionado correspondía a Gregorio Francisco León Armero, a quien el 26 de noviembre de 2008, y de acuerdo a la Cláusula Primera de las bases del Premio, la Institució Alfons el Magnànim de la Diputación de Valencia entregó la dotación económica de 30.000 (treinta mil) euros (impuestos incluidos), en la que se considera incluido el pago de los derechos del autor de la primera edición que, de acuerdo a la Cláusula Séptima de las bases, es publicada por ediciones Nowtilus.

Colección: Narrativa Nowtilus
www.nowtilus.com

Título: Balada de Perros Muertos
Autor: © Gregorio León Armero

Novela ganadora Premio Alfons el Magnànim de Narrativa en Castellano 2008 de la Diputación de Valencia.

Editado por Ediciones Nowtilus S.L. por acuerdo con la Institució Alfons el Magnànim.

Copyright de la presente edición:

© 2009 Ediciones Nowtilus S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3^o C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

© 2008 Diputación de Valencia - Institució Alfons el Magnànim

Editor: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubiertas: Opalworks

Diseño del interior de la colección: JLTV

Maquetación: Claudia R.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-720-6

Fecha de publicación: Junio 2009

Printed in Spain

Imprime:

Depósito legal: NA-1359-09

A todas las muertas de Ciudad Juárez

ÍNDICE

El policía y la teibolera	15
La pintora	39
Joyas, mujeres y oro	101
Andar en las sendas malas.....	153
Que con balas se diga la fama de mi pistola	187
Sobre mi tumba levanten una cruz de marihuana	213
Que los perros te huyan	237

El Chivo va caminando, feliz y contento, en una mano una sogá de esparto, en la otra un ramo de rosas que lleva marchitándose todo el día. Anda ofreciéndole al desierto su sonrisa descacharrada. Al Chivo no le importa que las botas de piel de iguana se le claven en la arena. Ni el calor que lo abrasa. Cuarenta grados, por lo menos. Un calor del carajo, de esos que te dejan apachurrado.

Pero al Chivo nada parece molestarle, porque no para de reír. A su lado camina Grillo. Grillo es un chucho famélico que lo lleva acompañando desde ni se sabe el tiempo, quizá desde que el Chivo era un pinche escuincla nomás. Mueve la cola, fin, fun, izquierda, derecha, como si quisiera copiarle el estado de ánimo al Chivo. A él tampoco le importa demasiado que el sol le esté empapando todos los pelos ni que lleve todo el día sin probar bocado. Es un perro optimista. Flin, flun. La cola no para. Igual va para la izquierda que para la derecha. Pero no se queda quieta.

Sí. Hace mucho calor. Al Chivo le sudan las manos y se le resbala de los dedos la sogá, como si fuera una culebra. Menos mal que ha tenido la prudencia de hacerle antes el doble nudo, para que no falle, porque ahora como tiene de churretosos los dedos, sería incapaz. Pero el Chivo es un tipo previsor. No deja nada a la improvisación. Por eso le ha hecho dos nudos a la sogá. Para no equivocarse.

Y ahí está, sin dejar de reír, nadie sabe por qué, aunque es verdad que sus ojos ya divisan un huizache que rompe el paisaje pelado que le rodea. Grillo también lo ha avistado, porque se permite adelantarse unos metros, como si allí no le esperara solo un círculo de sombra bien fresquita, sino también ese hueso con el que lleva soñando todo el día.

Al Chivo unos goterones de sudor le recorren el rostro acuchillado de arrugas. Echa de menos el aire acondicionado del Hummer. Lo ha dejado arrancado a unos metros. Agarra con fuerza la sogá. Doble nudo. Perfecto. La risa se le escapa, involuntaria, como un pedo que viene sin avisar. Así es el Chivo. Un hombre acompañado por un pinche perro, los dos en mitad del desierto, llevando una sogá y un ramo de rosas.

Por fin han llegado al árbol. El Chivo examina defraudado el ramo de rosas, manchado por una capa de polvo. Lo deja en el suelo. Necesita las dos manos libres. El Chivo se lleva el dorso de la mano izquierda a la frente. Grillo lo ve resoplar. Pero solo un instante. No tiene tiempo que perder. Los pies le arden. Las botas de piel de iguana no son tan buenas como pensaba el Chivo y tienen un agujerito por el que parece que entra la arena. Y eso que costaron diez mil pesos, pero eso Grillo no lo puede saber, porque es un perro listo, pero no puede estar pendiente de en lo que se gasta el dinero su amo. Sabe que tiene unas botas de piel de iguana. Y con eso le basta. Las huele, ve cómo se estiran, apenas la puntera de cada bota rozando la arena, el Chivo tanteando varias ramas del

huizache, hasta que por fin encuentra la adecuada, nada se puede dejar a la improvisación, y empieza a manipular nerviosamente la cuerda de esparto, cuidando que no se le deshaga el doble nudo. Sería una pena. Grillo mira a su amo. Anda muy atareado. Tanto que incluso ha dejado de reír.

Grillo solo vuelve a escuchar su sonrisa hecha de cacharros oxidados cuando mira a la rama y aprecia satisfecho el resultado de su trabajo.

—Todo está okay —dice, al chucho, al desierto, o al perro mundo en el que vive.

La vida puede ser un cuento de hadas. Pero a veces se pone cabrona. Por eso está ahí, en medio del desierto, con unas botas ya agujereadas, secándose el sudor en sus jeans gastados. Eso parece decirle a Grillo, agachado frente a él, pasándole la mano derecha por el lomo, jugueteando con su cuello, eres un buen perro, coño, estoy orgulloso de ti, ojala Toti o Ladilla fueran como tú, y Grillo se debate entre cerrar los ojos, porque le encanta que el Chivo le acaricie el cuello, o poner en marcha su rabo, flin, flun, izquierda, derecha, izquierda, derecha, porque quizá no tenga un hueso con el que poner a trabajar sus dientes, pero sí un amo que daría envidia a cualquier perro, nada más y nada menos que el Chivo, el dueño de la ciudad, y por eso no tiene más remedio de decirle a su rabo que oscile, flin, flun, en un movimiento que únicamente interrumpe cuando el Chivo, rostro acuchillado de arrugas, sonrisa descacharrada, lo agarra del pescuezo y lo eleva, justo a la altura de la sogá, todo eso en décimas de segundo, si es que un perro es capaz de entender que hay algo aún más pequeño o insignificante que un segundo, y Grillo ya no mueve el rabo, solo las patas, porque el doble nudo le aprieta demasiado el cuello, Grillo no para de moverlas desesperadamente, y aquello divierte mucho, muchísimo al Chivo, a juzgar por sus risotadas, que se hacen

fuertes, el perro aquel meneando las patas, como si fuera un ciempiés, y el Chivo querría que el espectáculo durara eternamente, y por eso la risa desafinada se apaga en el desierto cuando aprecia que el único movimiento que queda es el balanceo, izquierda, derecha, de un cuerpo ya inanimado del que cuelga una lengua insólitamente morada.

Solo cuando el Chivo pierde toda esperanza de que Grillo haga aunque sea un imperceptible movimiento con una de sus patas, de despedida, o de lo que sea, solo en ese momento, el uu uu uu del viento meciendo esa cosa que ahora es Grillo, el Chivo recupera del suelo el ramo de rosas. Rosas rojas, rojísimas. No ha hecho falta que le diga al tipo chaparrito de la floristería que le prepare el mejor ramo. Siempre lo hace. El Chivo le da buenos pesitos a cambio de las rosas más frescas.

Las agarra con la misma fuerza con la que hace apenas unos minutos ha apretado el doble nudo de la soga en la que se ha quedado Grillo. Para siempre.

El cementerio está a tres kilómetros. No hay tiempo que perder, que enseguida se hace de noche. Y el Chivo aún tiene que llevarle ese ramo de rosas a una mujer que no sale de su pensamiento. El Chivo lo intenta. Pero ni modo. No puede botarla, la tiene bien entripada.

Se despide de Grillo con una mueca burlona y enrumba hacia el cementerio.

Por el agujero que tienen las botas se le cuelga la arena del desierto.

EL POLICÍA Y LA TEIBOLERA

Con los pezones arrancados. A mordidas. Como si se hubiera peleado con un perro rabioso. Así había aparecido el cuerpo de la muchacha. O al menos, eso le había dicho Cangrejo. Claro, que aquel tipo igual se había dado por inventar. Tenía la cabeza llena de pájaros. Vivía en su pequeño mundo de fantasía, como si se hubiera quedado estancado en la adolescencia. Pensaba que esto de ser policía era como en los telefilmes norteamericanos.

De buena gana le hubiera dado una patada en el culo. Pero al comisario Padura no le habían dado atribuciones ni para eso.

Lo tenían allí recluido, en Perros Muertos, a modo de castigo.

Qué había hecho en el DF como para que lo pasaportaran a la frontera, allá donde solo hay desierto y olor a basura, nadie lo sabía. Porque Padura siempre había tenido la prudencia de no meterse en líos. De no enfrentarse a sus jefes, de hacer el trabajo con eficiencia. Pero un día Estrada le dijo que

sobraba en el DF. Que le había elegido un destino que le vendría como anillo al dedo. Lo dijo así, saboreando la frase. El comisario Padura supo de inmediato que lo único que pretendía su jefe era perderlo de vista.

Y allí estaba, lidiando con toda esa chusma que le rodeaba, empezando por Cangrejo. Menos mal que al menos se había quitado de en medio a Ladilla. El tipo se había pasado de listo. Empezó siendo un buen policía. Luego lo perdió la ambición. Quería gastar lana, a manos llenas. Y eso es imposible si eres policía, y solo eso. Así que se pasó al otro bando, y empezó a trabajar para el Chivo.

Cangrejo había optado por ser fiel. No quería comprarse un auto nuevo. Solo encontrarse con Salma Hayek, con la que soñaba todas las noches. Y sobre todo ahora, porque alguien le había ido con la canción de que aparecería de un momento a otro por Perros Muertos. Por eso iba esa mañana repeinado. Pero no le sirvió de mucho. En vez de toparse con Salma Hayek, había encontrado un cuerpo destrozado. Como si se hubiera peleado con un perro rabioso, le había insistido esa noche, abriendo mucho los ojos. El cuerpo fue hallado en Lomas de Chapultepec, más allá de donde acaban los algodones. Un hombre había llamado a la comisaría a dar parte de lo que había encontrado caminando a pie en dirección a su casa.

El comisario Padura no había podido atender la llamada. Había tenido que llevar a su mujer al médico. Le iba a decir qué era el bulto ese que le había salido en el pecho. Padura escuchó con indiferencia el diagnóstico del médico, un tipo que exageraba las eses para hacerse el importante: benigno, no hay peligro. Tanto escándalo para esto, pensó el comisario. La tarde perdida.

Fue Cangrejo el que examinó el cuerpo, aún medio escondido entre unos hierbajos. Los zopilotes andaban a la expectativa, pero de momento, no se habían interesado

demasiado por ella. Aun no olía lo suficiente. Era una chava de apenas quince años, más o menos. O lo que quedaba de una chava que había sido linda. Quizá demasiado linda para vivir. Porque eso también se lo había dicho Cangrejo. Que era linda y que tenía las tetas muy grandes, solo que sin pezones. Cangrejo lo animó a que viera la mercancía antes de que Ortega, el forense, se ocupara de ella. Padura respondió con un gesto de desprecio a ese comentario que le pareció una grosería. Pero es que Cangrejo metía la pata cada vez que hablaba. Nunca le había oído una frase inteligente.

Esa noche, el comisario Padura debería haberse dado una vuelta por el Instituto Forense, a ver qué aspecto tenía la occisa. Pero no tenía ganas de verle la jeta al güey ese que siempre lo recibía con su batita blanca y el sudor denso que le chorreaba por todo el cuerpo. En vez de eso, de soportar su mirada científica, estaba pidiendo una cheve en la barra del Havanna. Su mujer le había pedido que se fueran los dos a cenar para celebrar que lo del bulto en el pecho había quedado en un mero susto.

El comisario la mandó al carajo.

Ha dejado su chamarra de cuero encima de la barra. La camarera le ha abierto con desgana la cerveza. Padura se pregunta si esa mujer habrá sonreído alguna vez en su vida. Lo duda. Siempre tiene cara como de tener cálculos en el riñón. Ahora está atendiendo a un tipo de calva brillante, sonrisa profidén y fuerte olor a perfume. Y es como si no quisiera pasar desapercibido, allá donde fuera. Si la camarera no fuera algo así como un animal de bellota, Padura le preguntaría quién era ese individuo. Igual Cora sabría algo de él. A ver si se acordaba y le preguntaba después.

El comisario le da el primer sorbo a la cerveza. Le sabe bien rica. Se vira. Por los altavoces sale una música lánguida e insinuante. Enseguida, una muchacha se encarama a la tarima

central. Va cubierta por una especie de tul blanco que no consigue difuminar sus formas.

Todos los focos del Havanna se ponen a perseguirla.

En pocos segundos, el tul cae al suelo.

Un puñado de hombres la jalea.

Rugen como leones hambrientos.

La chica se estira con movimientos estudiadamente sensuales.

Es Cora, la chica con la que el comisario pasa una hora, todos los jueves. Padura la ve trepar por una barra metálica, enroscándose como si fuera una culebra, tan moldeable como la plastilina. Esa es la expresión que utilizó para describirla el fiscal Mendoza, cuando le habló por vez primera de ella: igualito que la plastilina. Y coge bien rico. Pero no se te ocurra quitármela, que es mía.

Aunque fuera para chingar al fiscal, lo siguiente que había hecho Padura nada más despedirse de él era ir a buscar a la chica.

Sí, debía coger bien. Pero él no lo había podido comprobar todavía.

Ni siquiera se le había parado la verga.

Y eso que la chava estaba de vicio.

Lo comprobaba una vez más, viendo sus evoluciones sobre la tarima, su culo perfecto solo tapado por un tanga minúsculo, los pechos rebrincándole en cada saltito. Por un momento pensó en lo que le había dicho Cangrejo por la tarde: la occisa tenía las tetas muy grandes.

Cangrejo le había regalado una teoría: acá en Perros Muertos las chavas son muy confianzudas, se dejan manosear en el Havanna y enseguida se meten en el auto de cualquiera, y luego pasa lo que pasa. ¿De verdad la muchacha que ahora estaba en el Instituto Forense habría bailado en el Havanna antes de que se la llevaran de excursión al desierto? ¿Podía

sostenerse en pie la teoría de Cangrejo? Miró alrededor. Muchas chicas enlazaban con sus brazos el cuello de chavos de melena churretosa y bigotillo cantinflasco. Las veía calentarse. El chavo les estrujaba el culo, sin cortarse un pelo. Ellas se dejaban. Empezó a creer que igual la teoría de Cangrejo era acertada. Una cosa eran Cora y las otras, las bailarinas del Havanna, disponibles a cambio de cuatro pesos, pero sabiendo siempre el terreno que pisaban. A los hombres hay que sacarles el dinero antes de que te saquen las tripas. No, las teiboleras sabían perfectamente cuál era su trabajo, lo que decía y lo que no debían hacer. Pero luego estaban las otras, las bobas, las mensas, que se subían en la Suburban como si la hubieran comprado ellas, solo pensando en el ratico de gusto que les esperaba junto al tipo que a lo mejor conocían desde hacía solo una hora.

El comisario apuró la cheve.

Cora ya había acabado su número.

La música alegre de Los Tigres del Norte atronaba en los altavoces.

La camarera le preguntó a Padura si quería otra cerveza. Le dijo que no, que tenía otros planes. Y esos planes eran colarse en el camerino de Cora. Empujó la puerta. Ella lo recibió con un gesto de hastío.

—Los tienes a todos loquitos. Empezando por mí, claro.

No le respondió. Se limitó a quitarse los zapatos de tacón de aguja. Al acabar la operación, los arrojó bien lejos, como si los repudiara.

Al comisario siempre le pareció sorprendente la transformación de Cora. Cuando caminaba junto a ella, subida en esos tacones de diez centímetros, se sentía un poco cohibido, aunque fuera una puta que solo sabía bailar, coger y mentir. Luego cuando se los quitaba, cuando se desnudaba y se quedaba toda a su merced, apenas un metro y medio de

mujer, el comisario se sentía de nuevo más fuerte, más macho. Y entonces, sí, le daban ganas de cogerla.

Pero nunca lo había conseguido.

Por mucho que ella lo intentaba, no había manera. Ese era su secreto. Y Cora jamás lo contaría a nadie. Si lo hacía, sabía que no trabajaría nunca más de teibolera ni de nada. Ya se lo había advertido el comisario, para que no hubiera dudas.

—Hoy no es jueves. ¿Cómo es que aparece por aquí? —le preguntó, pintándose los labios frente a un espejo.

—Me apetecía una cheve. Y verte, por supuesto. Eres una mujer bien chida.

—Y usted un policía.

—¿Qué significa eso?

—Que nunca llegaremos muy lejos.

—Con llegar a la cama, para mí es suficiente. ¿O eso es demasiado lejos?

Cora no le quiso responder. Comprobaba desalentada la aparición de una pata de gallo que alguien había puesto ahí. La noche era muy dura. Se estaba haciendo vieja antes de la cuenta. Muchas veces se preguntaba qué haría cuando se le cayeran las tetas y empezaran a silbarle al verla bailar en la tarima. Esperaba que, al menos, no la recogiera un policía mierdero como el que ahora la miraba con una mezcla de deseo y admiración.

—¿Cómo está su mujer?

Al comisario Padura le molestó la pregunta. Era como si Cora quisiera destruir cualquier espacio de intimidad que se pudiera crear entre los dos.

—Viendo telenovelas, fuerte como un roble —le contestó.

—Me alegro.

Pero el comisario Padura no supo si lo dijo en serio o no. Nunca podía asegurar si mentía o decía la verdad. Mis pala-

bras son tan auténticas como mis orgasmos, le había avisado, con las piernas abiertas, la primera vez que se desnudó delante de él.

Padura sacó la conclusión de que perdía el tiempo allí dentro. Cora no estaba de humor.

—¿Qué te pasa hoy? —le preguntó—. Estás rara. ¿Quién tiene la culpa de que estés así? ¿La regla?

—La regla, no. Los hombres. Ojalá los hombres vinieran cada veintiocho días.

Efectivamente, no era el mejor día para visitar a Cora. No esperaba de ella palabras cariñosas, pero sí al menos un poquito de comprensión. De solidaridad. Su trabajo no era fácil, clavado a esta parte del río Bravo.

—Por cierto, hablando de hombres. ¿Quién es el calvo ese que lleva una pajarita en el cuello? Lo veo siempre aquí metido en el Havanna.

—Pues eso, un hombre que se pasa la vida metido en el Havanna.

—¿Y qué hace? —preguntó con creciente interés Padura.

—Beber y mirar. Nada más.

—Lleva cuidado esta noche —le dijo él, mientras se colocaba su chamarra de cuero.

—¿Y eso?

—Una mujer ha aparecido muerta en el desierto.

Cora giró bruscamente el cuello, dejando suspendido en el aire el pintalabios. No entendía qué quería decirle el comisario con aquella advertencia. Si era una fórmula para protegerla, o justamente lo contrario, una forma de decirle que ella valía poquito, muy poquito. Era mujer. Una mujer bonita. Y que por eso todavía valía menos.

—No se preocupe por mi futuro.

—Lo hago.

—¿De veras? No pierda el tiempo. Un policía y una teibolera no tienen futuro.

Y cerró con un golpe seco el pintalabios.

Al comisario Padura le hubiera gustado que le diera un beso, aunque fuera de mentira, pero solo le dijo hasta mañana, comisario, me alegro de que su mujer ya esté mejor.

Eran las dos de la mañana y Morgana no había pegado ojo. No paraba de dar vueltas en la cama, pero no había manera.

El calor era muy alto en la casa. El hombrecillo que se la había rentado le había asegurado que se sentiría como en el palacio de una princesa, pero se guardó que el verano convertía el pequeño departamento de apenas sesenta metros en un invernadero en el que corrían el riesgo de morirse las princesas o los mismísimos lagartos.

Pero ese no era el motivo por el que Morgana, apenas vestida por una camiseta que le llegaba a las rodillas, totalmente desvelada, hubiera decidido abandonar la cama y prender un cigarrillo. En los últimos días la estaba atormentando una imagen que había visto en la portada del *Excelsior*, mientras desayunaba en el Delicias, un bar que tenía a mano, a solo dos cuadras.

La foto era en color. El rostro tumefacto de una mujer miraba al objetivo. Estaba deformado, como si alguien se hubiera tomado muy en serio el trabajo de dejarlo irreconocible. Morgana ni siquiera se detuvo en el trozo de carne que se le desprendía de un pecho, como si fuera un cartílago, atrapada por el gesto de horror que el fotógrafo había captado en aquel rostro que igual fue bonito. Ahora solo era una máscara pavorosa. La información era escueta e imprecisa. El reportero contaba que el cuerpo de la mujer había aparecido

en Lomas de Chapultepec. Un vocero de la policía federal afirmaba que estaban abiertas todas las líneas de investigación. Y poca cosa más. Como si bastara la foto para explicarlo todo.

Morgana ha encendido la luz del salón. Uno de los focos halógenos cae verticalmente sobre el lienzo que la muchacha subió al caballete hace una semana. Ha trabajado en él varios días. Jamás pensó cuando llegó a Perros Muertos que elegiría como motivo a la muerte, como tampoco imaginó que allí iba a tener que soportar ese calor calcinante, de día y de noche, daba igual.

Pero la imagen de la mujer tirada en el desierto le había obsesionado de tal manera, de forma tan instantánea e irresistible, que quiso ofrecer su particular visión del horror. Su idea, la idea que le había estallado en la mente una de esas madrugadas de insomnio y cigarrillos a deshoras, era reconstruir esos últimos segundos de vida de la pobre desgraciada, peleando con sus últimas fuerzas contra el agresor. Lo que de momento había llevado Morgana al lienzo estaba todavía lejos de esa máscara de rabia resignada con la que quería modificar la foto que encontró en el *Excélsior*. De momento, solo tenía un boceto, el cuerpo de la chica, estirado en un escorzo violento, pequeño, sin guardar proporción con la cara, porque Morgana quería que fuera el ocre pálido difuminando las facciones y un rojo intenso saliendo del pubis, solo eso, el ocre y el rojo bastaran para reflejar todo el horror que siente una mujer en el momento en el que es asesinada.

Es curioso. Por Internet había leído que en España mataban mujeres todos los días. La noticia le parecía increíble. Los maridos mataban a sus mujeres, sin más. Violencia doméstica, lo llamaban los periódicos digitales. Morgana siempre se había sentido atraída por la cultura española, y no solo porque Picasso había empezado a pintar allí, o porque Antonio